

cida la marquesa por la adulación hipócrita de aquélla ha opuesto alguna resistencia al consejo de Harville. Esto dió lugar á algunas disensiones, que no pueden ser la causa del abatimiento de ánimo que se observa en el marqués.

— ¡Qué mujeres hay en el mundo, querido Murph! Siento en el alma que la señora de Harville tenga con esa Sara la menor relación... La joven y encantadora marquesa no podrá menos de perder con el trato de una criatura tan diabólica.

— Á propósito de criaturas diabólicas — dijo Murph — aquí tenéis un informe relativo á Cecilia, la indigna esposa de David.

— Sea dicho entre nosotros, amigo Murph, pero esa insolente mestiza merecería el terrible castigo que su marido, nuestro buen doctor negro, ha dado al Maestro de Escuela por orden de monseñor. También ella ha hecho derramar sangre, y su conducta es abominable y espantosa.

— ¡Y sin embargo es tan bella, tan seductora! Me horroriza el ver una alma tan perversa bajo un exterior tan hermoso.

— Cecilia es doblemente odiosa considerada de ese modo; pero yo espero que este despacho anulará la orden dada por monseñor sobre esa mujer.

— Al contrario... barón...

— ¿Quiere aún monseñor que se facilite la huída del castillo á donde ha sido echada por toda su vida?

— Sí.

— ¿Y que su pretendido raptor la traiga á Francia... al mismo París?

— Sí, y mucho más aún... por este pliego se ordena que se apresure la evasión de Cecilia y que viaje con la mayor rapidez posible, á fin de que llegue aquí dentro de quince días.

— Esa orden me confunde... ¡monseñor ha manifestado siempre tal horror hacia esa mujer, que !...

— Y hoy la mira con más horror que nunca, si es posible.

— ¡Y sin embargo la hace venir á su lado! Por lo demás no dejará de ser fácil, como cree S. A. R., el conseguir la extradición de Cecilia si no cumple lo que de ella se espera. Se manda al hijo del alcaide del castillo de Gerolstein que robe esa mujer fingiéndose enamorado, y se le facilitan todos los medios para llevar á cabo este proyecto... La mestiza aprovechará desde luego la ocasión de huir, seguirá al supuesto raptor y se vendrá á París; pero siempre estará sujeta á la condenación; nunca dejará de ser una criminal que ha roto su condena, y esto puede evitarse si S. A. R. lo lleva á bien, pues cuento con medios para obtener su extradición.

— David quedó petrificado, querido barón, cuando supo por monseñor la próxima llegada de Cecilia, y exclamó: « ¡Espero que V. A. R. no me obligará á ver á ese monstruo! » — « No temáis — repuso monseñor — no volveréis á

verla... pero la necesito para llevar adelante ciertos proyectos. » — Esta declaración libró á David de una pesadilla; pero estoy seguro que lo atormentan sin cesar dolorosos recuerdos.

— ¡Pobre negro!... es capaz de amarla todavía. ¡Dicen que está aún tan hermosa!...

— Sí... demasiado hermosa... Sería necesario el ojo sutilísimo de un criollo para descubrir la *sangre mixta* en la imperceptible línea acobrada que corona las uñas color de rosa de esa linda mestiza. Nuestras beldades del Norte no tienen un cutis más blanco y puro ni un color más transparente.

— Me hallaba en Francia cuando monseñor trajo consigo de América á David y Cecilia, y sé que el fiel negro profesa desde entonces á S. A. R. una adhesión y un reconocimiento sin límites; pero jamás he podido saber por qué aventura se ha consagrado al servicio de monseñor y cómo ha venido á casarse con Cecilia, á quien he visto por primera vez un año después de su casamiento: ¡y Dios sabe el escándalo que dió ya entonces!

— Yo puedo informaros de lo que deseáis saber, querido barón: he acompañado á monseñor en su viaje á América, en donde ha rescatado á David y á la mestiza de la situación más espantosa.

— Os lo agradeceré, mi querido Murph: empezad que ya os escucho — dijo el barón.

V

HISTORIA DE DAVID Y DE CECILIA

— Mr. Willis, rico hacendado angloamericano de la Florida — dijo Murph — descubrió en uno de sus esclavos negros llamado David, joven destinado al servicio de la enfermería de su posesión, un entendimiento extraordinario y una profunda conmiseración hacia los enfermos á quienes prestaba con tierno cuidado el socorro que prescribían los médicos; y finalmente, una vocación tan decidida para el estudio de la botánica aplicada á la medicina, que, sin ningún género de instrucción, había llegado á clasificar una especie de *Flora* de las plantas de la hacienda de su amo y de las cercanías. La posesión de Mr. Willis estaba situada á la orilla del mar y distaba quince ó veinte leguas de la población más inmediata; y como los médicos del país eran harto ignorantes y poco exactos en el desempeño de su ministerio á causa de las grandes distancias y de la dificultad de las comunicaciones, resolvió remediar este grave inconveniente en un país sujeto á frecuentes epidemias, teniendo siempre á la mano un facultativo hábil; á cuyo fin dispuso que David viniese á Francia para estudiar la medicina... David salió para París lleno de gozo con su nueva

misión; pagóle su señor los estudios, y al cabo de ocho años de una aplicación prodigiosa, se recibió de doctor en medicina con un éxito brillante, y regresó á América en donde volvió á ponerse á disposición de su amo.

— David debió haberse considerado libre de hecho y de derecho desde el momento que pisó el territorio de Francia.

— Pero es tal la lealtad de ese hombre, que habiendo ofrecido á su amo regresar, prefirió su palabra á su libertad... Además no consideraba como suya una instrucción adquirida con el dinero de su señor; y, finalmente, esperaba poder aliviar física y moralmente el padecer de sus antiguos compañeros de esclavitud... No sólo se propuso ser su médico, sino también su amparo y defensa para con el amo común.

— En efecto, es preciso estar dotado de una rara probidad y de un santo amor á sus semejantes, para volver al lado de su dueño después de haber residido ocho años en París... en medio de la juventud más democrática de Europa.

— Juzgad por ese hecho de su carácter. Llegó pues á la Florida, y debemos confesar que Mr. Willis lo trató con bastante consideración, pues David comía á su misma mesa y dormía bajo un mismo techo: por lo demás el hacendado era un hombre estúpido, mal intencionado, sensual y despótico como lo son algunos criollos, y creyó que se mostraba bastante generoso con David señalándole 600 francos de salario. Al cabo de algunos meses se declaró el tífus en la hacienda, y habiendo sido atacado Mr. Willis por esta enfermedad, debió su inmediato restablecimiento á la asistencia de David, y de treinta negros gravemente enfermos sólo murieron dos. Por este y otros servicios subió Mr. Willis el sueldo de David á 1200 francos, con lo cual se tuvo el buen médico por el hombre más feliz del mundo. Sus compañeros le miraban como á su providencia; y aunque para conseguir de su amo que mejorase algo la situación de aquellos infelices tenía que vencer graves dificultades, esperaba sin embargo aliviar su suerte en lo venidero: entretanto los moralizaba, los consolaba y los exhortaba á la resignación; les decía que Dios protege lo mismo al negro que al blanco, y les hablaba de otro mundo en donde no hay señores y esclavos, sino justos y pecadores; de una vida eterna, en donde las víctimas de esta vida fugaz y transitoria eran tan felices que pedían gracia para sus verdugos... ¿Qué más os diré?... Á aquellos desgraciados, que, al contrario de los demás hombres, contaban con amarga alegría el paso que daban cada día hacia el sepulcro... á aquellos infelices que no esperaban más que la nada, David hizo esperar una libertad eterna... sus cadenas les parecieron entonces menos pesadas y su trabajo más leve y llevadero. David era su ídolo... Un año se pasó de esta manera. Entre las esclavas más hermosas de la hacienda se distinguía una mestiza de quince años llamada Cecilia, cuya singular belleza

inspiró á Mr. Willis un capricho de sultán; y por primera vez en su vida fué desairado con una resistencia tenaz é inesperada. Cecilia amaba... amaba á David, que durante la última epidemia la había asistido con un desvelo admirable: un amor casto pagó más adelante la deuda del agradecimiento. David era demasiado delicado para abrigar ninguna esperanza de dicha, antes de casarse con Cecilia, y esperaba que cumplierse los diez y seis años. Mr. Willis, ignorando la mutua pasión que unía á los dos esclavos, echó con arrogancia su pañuelo á la linda mestiza: ésta refirió á David el brutal atentado de que apenas había podido salvarse. El negro la consoló, y fué en seguida á pedir su mano á Mr. Willis.

— ¡Cáspita! ya adivino, amigo Murph, la respuesta del sultán angloamericano... se negó ¿no es verdad?

— Se negó. Dijo que tenía capricho por aquella muchacha, y que jamás había sufrido el desdén de una esclava: que aquella le gustaba, y que nada le impediría conseguirla. Aconsejó á David que eligiese otra para mujer propia ó para querida, según le pareciese, pues había en la hacienda otras diez mestizas tan lindas como Cecilia. David habló largo rato de su amor correspondido, y su amo encogió los hombros. David volvió á insistir, pero todo fué en vano. El criollo tuvo la impudencia de decirle que sería de muy *mal ejemplo* el que un amo cediese ante su esclava, y que no daría este ejemplo por satisfacer el capricho de David. Volvió éste á suplicar, y el amo se impacientó. Avorgonzado de tanta humillación, habló entonces con tono firme de sus servicios y de su lealtad y desinterés, pues se había contentado con un mezquino salario; á lo que respondió irritado y con desprecio Mr. Willis que era tratado con demasiada consideración para un esclavo. Al oír David estas palabras no pudo contener ya su indignación... Por primera vez en su vida habló como hombre ilustrado de los derechos adquiridos en ocho años que había residido en Francia. Mr. Willis se enfureció, lo trató de esclavo rebelde y lo amenazó con la cadena... David profirió algunas palabras amargas y violentas... Dos horas después se hallaba atado á un poste y el rebenque crujía sobre sus miembros ensangrentados, mientras que á su vista llevaban á Cecilia al cuarto del tirano...

— La conducta de ese hacendado es estúpida y horrorosa... Eso se llama unir lo absurdo á la crueldad más detestable... porque al fin dependía del negro para algo de mucho interés.

Y tanto que en aquel mismo día el acceso de furor por una parte, y por otra la embriaguez á que se entregaba el brutal hacendado todas las noches, le originaron una fiebre inflamatoria de las más peligrosas, cuyos síntomas se declararon con la rapidez peculiar de esta clase de enfermedades... Metióse en el lecho con una calentura horrible y mandó llamar un médico; pero éste no podía llegar antes de treinta y seis horas...

— Á la verdad, la grave y merecida peripecia de la enfermedad de ese hombre parece providencial...

— El mal hacía progresos espantosos... Solo David podía salvarlo; pero Willis, desconfiado como todos los malvados, temía que el negro se vengase envenenándolo con alguna poción... porque después de haberlo azotado, le había hecho meter en un calabozo... Asustado al fin por el rápido incremento de la enfermedad, abatido por el dolor y creyendo que ya que la muerte era segura le ofrecía alguna esperanza la generosidad de su esclavo, hizo poner en libertad á David después de haber luchado con terribles dudas...

— ¿Y salvó David la vida de su amo?

— Por espacio de cinco días y cinco noches le veló como hubiera velado á su padre sin separarse de su cabecera, y combatió con tan admirable acierto la enfermedad que triunfó por último de ella, con sorpresa del otro médico que no llegó hasta el segundo día.

— ¿Y el amo... luego que sanó?...

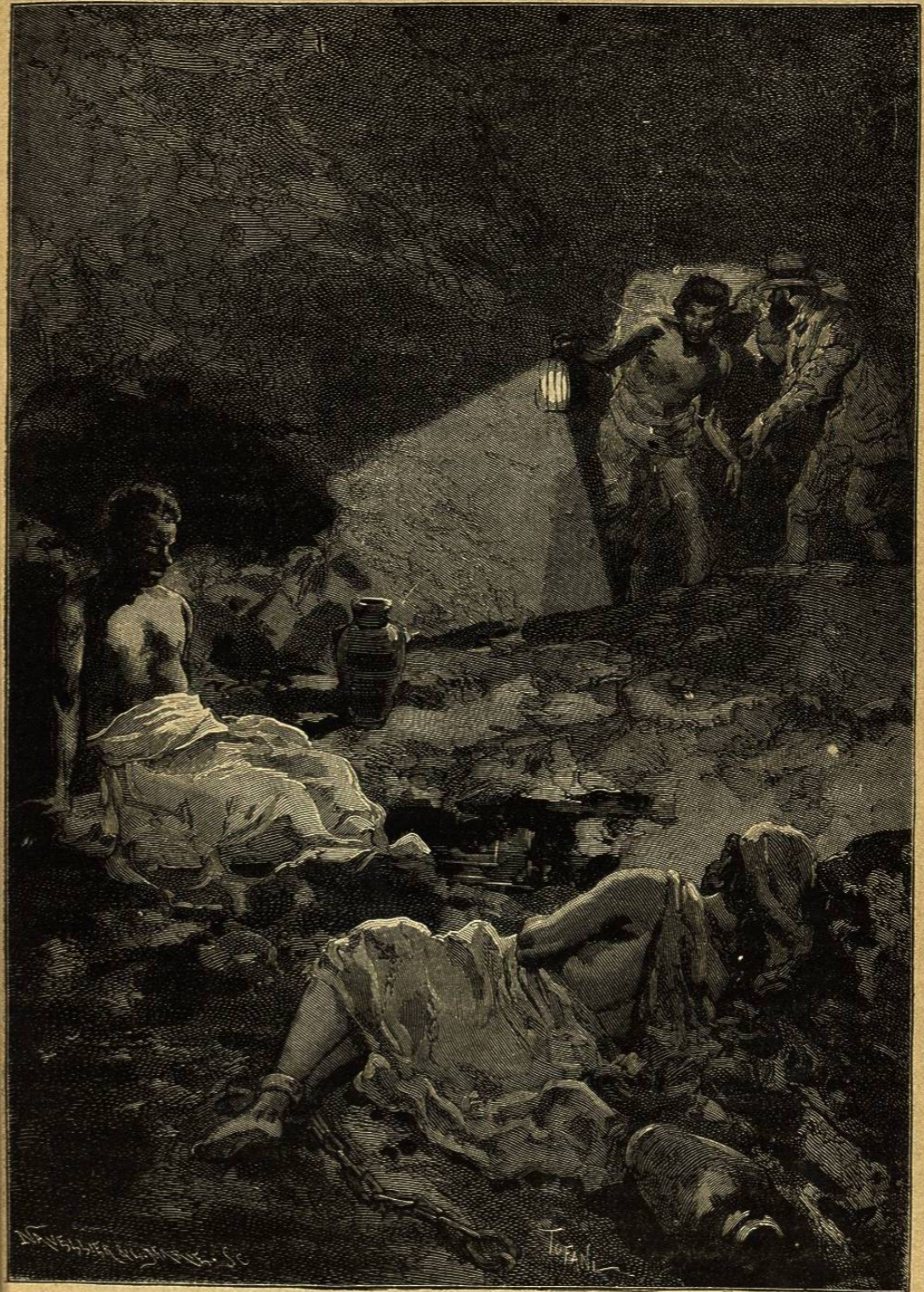
— No queriendo sufrir la presencia de su esclavo que le abrumaría sin cesar con el recuerdo de su magnánima generosidad, consiguió á costa de enormes sacrificios que se quedase en la hacienda el médico á quien había hecho llamar, y volvió á encerrar á David en el calabozo.

— ¡Eso es horrible! pero no lo extraño: la presencia de David hubiera causado á ese hombre un continuo remordimiento...

— No, sólo los celos y la venganza dictaron esta bárbara conducta... Los negros de Mr. Willis amaban á David con todo el ardor de la más viva gratitud, pues le tenían por el redentor de su cuerpo y de su alma. Sabían el desvelo con que había asistido á su señor en la última enfermedad... y así es que saliendo del embrutecimiento y apatía que es el estado ordinario del esclavo, manifestaron aquellos infelices su indignación ó más bien su dolor, cuando vieron la horrible crueldad con que David fué azotado y preso. Mr. Willis exasperado, creyó ver en esta manifestación el germen de una rebelión inmediata, y pensó que de la influencia que había adquirido David sobre los demás esclavos, se debía esperar el que se pusiese á la cabeza de una conspiración para satisfacer su venganza. Este temor absurdo dió motivo á que el hacendado aumentase los tormentos de David, y se resolviese á impedir por cualquier medio los siniestros designios que sólo existían en su imaginación.

— Desde ese punto de vista, la conducta de Willis parece menos estúpida, aunque no menos feoz... porque era efecto del terror.

— Poco tiempo después de estos sucesos llegamos nosotros á América. Monseñor fletó un bergantín inglés en Santo Tomás, y visitamos de incógnito todas las haciendas del litoral angloamericano... Mr. Willis nos recibió con magnificencia, y al día siguiente por la noche nos contó con un descaro cínico y exci-



David y Cecilia, macilentos, descarnados y medio desnudos...